

LA CRISIS MIGRATORIA VENEZOLANA EN PUERTO CARREÑO MIRADA PASTORAL¹

Situación de los migrantes en Puerto Carreño

Venezuela no era un país de emigrantes, todo lo contrario, ha sido una de las naciones de América Latina que a más inmigrantes ha albergado. Pero desde que llegó al poder Hugo Chávez (1999), con la ideología del socialismo siglo XXI, muchos empresarios, profesionales y contradictores políticos, decidieron dejar el país, para buscar mejores oportunidades para vivir.

Durante los seis años de gobierno de Nicolás Maduro, la situación se ha agravado convirtiéndose en una de las principales fuentes de emigración en el mundo. Algunos analistas estiman que más de 4.000.000 de venezolanos, sin contar a los colombianos retornados, han salido del país a causa de la pobreza, la inflación, la violencia, la confrontación política y el desabastecimiento de alimentos, de medicinas y otros medios básicos de subsistencia.

A lo largo de los 534 kilómetros de frontera con Venezuela, entran cientos y cientos de migrantes y retornados; en su mayoría, gente de bien que busca protección mientras pasa la crisis en su país. Podemos sumar también a los militares que huyen del régimen y se alinean al presidente interino Guaidó. Pero, no podemos desconocer que un pequeño grupo se dedica a la venta de drogas psicoactivas, al contrabando a baja escala, a la delincuencia común, al trabajo sexual.

A nivel de salud pública, se ha incrementado el número de personas que frecuentan el único hospital de segundo nivel que existe en la ciudad. El evento de salud que mayor impacto tiene sobre la población en general es la Malaria con 309 (2017-2019) casos reportados. En segundo lugar, se encuentra la desnutrición aguda en menores de 5 años, con 41 casos. El tercer lugar lo ocupa la varicela con 26 casos. El VIH Sida, la tuberculosis, el dengue, las infecciones respiratorias han aumentado, como también el número de venezolanas que buscan dar a luz².

Se percibe entre los pobladores, incluso, en algunos establecimientos públicos, negocios, hoteles, etc., conductas xenofóbicas. Algunos ven en los migrantes una amenaza permanente. Hay quienes argumentan que ahora con dificultad se puede acceder a la atención médica, por el alto número de extranjeros que acuden a diario al hospital por consulta externa; otros opinan que los escasos puestos de trabajo que ofrece la ciudad ahora son ocupados por los venezolanos y un número significativos de residentes temen la inseguridad y deterioro del orden público. A esto podemos agregar

¹ Apartes de la Conferencia pronunciada por Monseñor Francisco Antonio Ceballos, Obispo de Puerto Carreño, a los participantes del Diplomado de la Escuela de Democracia y Reconciliación para la Incidencia para líderes comunitarios, en Puerto Carreño el 13 de junio de 2019.

² Según el Sistema nacional en Vigilancia de Salud pública (SIVIGILA).

que muchos miran con recelo los proyectos de asistencia que opera la Iglesia y otras entidades, argumentando que a los pobres de Puerto Carreño nadie los atiende.

Como Iglesia, qué nos motiva para hacerle frente a la crisis migratoria

Como Iglesia que peregrina en el Vichada, nos preocupa esta realidad y la leemos no como sociólogos sino como pastores, iluminados por la Palabra de Dios y las enseñanzas de la Doctrina Social de la Iglesia, donde descubrimos a Dios que se ha revelado como alguien que está siempre a favor de los que sufren, los maltratados, los pobres, los huérfanos, las viudas, etc. Dios acoge como opción de preferencia a aquellos que la sociedad tiene como los últimos de su escala de valores: “Tú eres el Dios de los humildes, defensor de los pequeños, apoyo de los débiles, refugio de los desvalidos, salvador de los desesperados” (Judit 9, 11); entre ellos, el rostro del extranjero, que nosotros llamamos inmigrante³.

Tres motivaciones, según el extinto Cardenal Martini, nos deben mover a nosotros los cristianos a servir a los más débiles: motivación cristológica, motivación carismática y motivación escatológica.

La primera y fundamental motivación, la cristológica, se depende de la vida de Jesús, en sus palabras y sus obras. Jesús nace y muere fuera de los muros de la ciudad y pasa su vida pública como itinerante, recorriendo pueblos y aldeas; muchas veces no tenía dónde reclinar la cabeza. La familia de Nazaret en su fuga a Egipto experimenta, en su propia carne, la condición de ser huésped en tierra extranjera, huésped que no encuentra acogida.

La segunda motivación, carismática, reposa sobre el primado de la caridad. El don de la caridad para con el extranjero queda especialmente enfatizado en la parábola del Buen Samaritano (Lc. 10, 29-37) que se hizo prójimo del hebreo herido, no simplemente escuchando sus gritos de auxilio, sino sintiendo compasión y curando sus heridas. Esta motivación se sustenta sobre todo en el pasaje del juicio final del Evangelio de San Mateo en el capítulo 25, 35: “fui forastero y me acogisteis”. Ahí aparece con la máxima densidad, la motivación que cristianamente tenemos nosotros como más radical de lo que es la salida personal hacia el otro, hacia el que es “diferente” y necesita nuestra hospitalidad.

La tercera motivación, la escatológica, nos impulsa a servir a los más pobres, a los inmigrantes, la encontramos sustentada en la carta de San Pedro, o la de los Hebreos o al Corpus paulino. Esta motivación tiene que ver con el ser peregrino y extranjero que nos constituye a todos los creyentes en Cristo. Seguir a Cristo significa ir tras él y estar

³ En la Biblia hebrea se usan al menos tres términos para designar al forastero: zar, es el extranjero que habita en Israel; nokri, es el extranjero que va de paso; y gher o toshaw, el extranjero residente; éste último es el que nosotros denominamos inmigrante.

de paso en el mundo, porque no tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos la por venir (Heb, 13, 14). El creyente es siempre un residente temporal, un huésped donde quiera que se encuentre. Desde esta idea las migraciones aparecen como una llamada y una prefiguración del encuentro final de toda la humanidad con Dios y en Dios.

Respuesta de la Iglesia ante la crisis migratoria

Acoger, Proteger, Promover e Integrar

El Papa Francisco en su mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2018 ha recordado que, “cada forastero que llama a nuestra puerta es una ocasión de encuentro con Jesucristo, que se identifica con el extranjero acogido o rechazado en cualquier época de la historia”. Según el Papa Francisco: “Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo” (EG, 187).

Afirma José Antonio Pagola: “En una sociedad donde hay gente que vive hundida en el hambre o la miseria, solo hay una disyuntiva: vivir como imbéciles, indiferentes al sufrimiento de los demás, o despertar el corazón y mover las manos para ayudar a los necesitados”⁴.

El Santo Padre señala que ante este drama de millones de personas que son obligadas a salir de sus tierras a causa de la guerra, la pobreza y la violencia, nuestra respuesta común se podría articular en torno a cuatro verbos: Acoger, Proteger, Promover e Integrar”. El cambio de perspectiva frente a las migraciones, en la que viene insistiendo el Papa desde el inicio de su pontificado, se expone ahora en términos de actitudes y comportamientos que buscan revestir la hostilidad en hospitalidad, sustituir la cultura del rechazo por una cultura del encuentro.

El icono del Buen Samaritano movido por la compasión recoge esas cuatro dimensiones que deben caracterizar a la iglesia. La compasión toca la fibra más sensible de nuestra humanidad, provocando un apremiante impulso a “estar cerca” de quienes vemos en situación de dificultad. Sentir compasión significa reconocer el sufrimiento del otro y pasar inmediatamente a la acción para aliviar, curar y salvar. Sentir compasión significa dar espacio a la ternura que a menudo la sociedad actual nos pide reprimir⁵.

⁴ PAGOLA, José Antonio: Jesús, aproximación histórica, PPC, 9ª Ed., 2008, 198.

⁵ Mensaje del Santo Padre Francisco para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2019 (29 de septiembre de 2019)

Como Iglesia de Puerto Carreño, ¿cómo hemos respondido al clamor de los pobres y necesitados?

- Ante las inundaciones del año pasado, apoyamos por Adveniat, Pastoral Social Nacional y Regional, la comunidad redentorista, algunas diócesis y parroquias del país, el Banco de Alimentos de Bogotá, como también personas particulares, pudimos atender a un sin número de colombianos y venezolanos damnificados.
- Gracias a la ayuda de la Pastoral Social Nacional, hemos podido apoyar a un número significativo de venezolanos inmigrantes. Hemos ejecutado un proyecto intitulado: *Atención crisis humanitaria migratoria Colombia/Venezuela*, que tuvo como énfasis: alimentación, hospedaje, medicamentos, atención jurídica y actividades de incidencia, logrando atender 3.667 personas.

Ahora están en ejecución dos proyectos:

- *Respuesta multisectorial a la crisis migratoria venezolana*, financiada por el Gobierno de los Estados Unidos, cuyos énfasis son: hospedaje de emergencia y auxilio de transporte (retorno, documentación y reunificación familiar); hasta el momento se han beneficiado cerca de 1.062 personas con hospedaje (3.422 noches) y 203 personas con auxilio de transporte.
- *Apoyo multisectorial a familias afectadas por la crisis migratoria venezolana en Colombia*, también apoyada por el gobierno de los Estados Unidos. Líneas: wash (saneamiento e higiene), salud para remitir y acompañar a las personas en esta área y transferencias multipropósitos.

La Iglesia portadora de Esperanza

En muchas ocasiones he afirmado que la Iglesia, como cualquier organismo humano, tiene dos pulmones: el pulmón de la evangelización y el pulmón de la caridad. Es verdad que el ser humano puede vivir con un solo pulmón; pero, también es verdad que su actividad y calidad de vida puede menguar. Si la Iglesia solo tuviera el pulmón de la fe a través del anuncio del Evangelio, pienso que sería una Iglesia poco creíble y poco fiel a las enseñanzas de la Palabra de Dios. O, si se dedicara solo a la caridad, que ya es bastante, caería en un simple humanismo, altruismo o asistencialismo, ignorando su naturaleza y misión en el mundo. Santiago nos dirá: “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?” (Santiago, 2:14). Es una llamada de atención para mostrar que el cristianismo es una fe encarnada en las realidades de esta vida.

Somos conscientes de que más que dar comida, abrigo, medicina, etc., que si bien es lo primero, lo básico, la iglesia tiene la obligación de ser portadora de esperanza. Debe

anunciar y tratar de que haya diversas iniciativas para ese pesimismo en el cual viven muchas personas. Si, la Iglesia tiene que ser portadora de esperanza, un espacio de esperanza, una noticia de esperanza, para quienes habiendo abandonando su país, muy a pesar suyo, sin poder mirar atrás, la han perdido ante los múltiples intentos fallidos de recuperar la institucionalidad, la paz, el poder adquisitivo, etc. Es que una persona que ha perdido la esperanza se deshumaniza, tiene una visión negativa de las cosas, de las personas, de los acontecimientos. No es capaz de captar lo bueno, lo hermoso, lo positivo que hay en muchos aspectos de su vida. “La esperanza es algo constitutivo en el ser humano. Para el hombre, vivir es caminar hacia un futuro, su vida es siempre búsqueda de algo mejor. El hombre no solo tiene esperanza, sino que vive en la medida en que está abierto a la esperanza y es movido por ella”.

A esas personas desesperanzadas, como Iglesia, nos debemos acercar como lo hacía Jesús: escuchando atentamente su situación, acogiendo su sufrimiento, despertando su confianza, liberándolas de su soledad y ensanchando su horizonte, reavivando su esperanza de un tiempo y circunstancias mejores.

Desde la óptica cristiana nuestra esperanza tiene un nombre: Jesucristo resucitado. Solo desde él a los cristianos se nos desvela el futuro último que podemos esperar para la humanidad, el camino que puede llevar al ser humano a su verdadera plenitud y la garantía última ante el fracaso, la injusticia y la muerte. La resurrección es la última palabra sobre el destino final de todos, como dice Pablo a Timoteo: “Cristo es nuestra Esperanza” (1 Timoteo 1, 1).

Así, la trabajadora sexual, el *bachaquero*, el pordiosero, el indígena, el militar, el profesional, el padre de familia inmigrantes, que buscan esperanzados mejores oportunidades, deberían descubrir en la iglesia una institución esperanzadora; si no fuera así, perderíamos credibilidad ante el mundo y seguiríamos ofreciendo comida, alojamiento, pero no las razones para seguir viviendo y creyendo. Hemos vivido muchas veces este caso: la gente nos busca para que les colaboremos para pagar los servicios públicos, el arriendo, la comida, pero van a otro lado a buscar cómo alimentar el alma y las razones para vivir y para amar.

Dios quiera que tantos hombres y mujeres que han dejado su tierra, su familia, su patria, sus pequeñas seguridades, encuentren en nuestras iglesias y comunidades cristianas un refugio en dónde llorar sus desgracias y en dónde recuperar sus fuerzas para hacer realidad algún día sus anhelos, hasta que lleguemos a participar de aquél que con su resurrección y sus palabras henchía nuestros corazones.

+ Mons. Francisco Antonio Ceballos Escobar, C.Ss.R
Obispo
Vicariato Apostólico de Puerto Carreño